

Los Mazzarelli: el tiempo del *encuentro*

¡Cuánto le debo a mi padre! Si hay alguna virtud en mí, ¡se la debo a él!

Comenzamos nuestro itinerario de discipulado en la escuela de María D. entrando en la casa donde nació. Los Mazzarelli, la Parroquia, la Valponasca, Via Valgelata, las casas del Pueblo, la casa de la Inmaculada, el Colegio, Nizza Monferrato ... Son muchas casas habitadas por María D. en comparación con su corta existencia.

Como y más que Don Bosco, fue peregrina, itinerante, siempre yendo más allá de su hogar definitivo, es decir, poniéndolo todo solo en Dios. Pero es igualmente cierto que en cada una de estas casas María D. vivió su vida plenamente como niña, preadolescente, adolescente, joven y madre. En cada casa encontró una comunidad de personas con las que compartió el camino, de las que se dejó acompañar y a quienes a su vez acompañó y ayudó a crecer. Es un mundo variado de personas con las que experimentó la alegría de la amistad y la fraternidad, convirtiéndose en compañera, hermana, discípula y maestra. Cada experiencia ha madurado en ella, en la práctica, el espíritu de familia.

En la casa Mazzarelli, María D. pasó los primeros años de su vida en un contexto familiar abierto lleno de presencias: hermanos, hermanas, su abuela paterna y dos tíos (hermanos de su padre) con sus respectivas familias. Esto resulta ser un excelente terreno para que ella se eduque a sí misma en habilidades relacionales simples y espontáneas.

Su familia goza de la estima de los habitantes de Mornés precisamente porque es un ejemplo y modelo de relaciones sanas y genuinas: «La familia Mazzarello por bondad, orden, limpieza era verdaderamente una familia modelo. Aunque dedicados al trabajo de los campos, todo en la casa estaba ordenado y limpio. Todos vestían de acuerdo con su condición, pero con cierto refinamiento, no en la exhibición de ropa sino en orden y limpieza. Y la jovialidad compuesta de sus rostros y sus conversaciones dejan brillar la belleza de sus almas». También están abiertos a la acogida y la solidaridad, de hecho, cuando el cólera golpeó el país en 1836, el hermano de José murió con su esposa, dejando a sus dos hijas huérfanas. Entonces José lleva consigo a la hija mayor Domenica de 12 años, mientras que la otra, llamada María, es adoptada por su hermano Nicolás.

Los padres, Magdalena y José, están preocupados por la educación de sus hijos. Los testimonios de los Juicios afirman que "uno compensó las deficiencias del otro". La madre, de hecho, era de un temperamento impulsivo y bastante ardiente, mientras que el padre se mostraba más tranquilo. María misma le dirá a Petronila que "su madre con tantas palabras no logró casi nada; papá hablaba muy poco y todos corrían a obedecerle".

Su educación es eficaz tanto en sus modalidades como porque se enriquece con su fe sólida y su vida honesta y transparente. Lemoyne afirma: "Sus juicios y advertencias estaban en perfecto acuerdo con sus ejemplos, y se dieron tan apropiadamente como para dejar una marca indeleble en esa alma simple". Expresa una autoridad "seria y gentil" y de este ejemplo María saca su capacidad educativa que, cultivada, resultará ser un don extraordinario de gobierno. Sor Enrichetta Sorbone testimonia: "La

Madre se hizo amar sin ligereza y se dejó temer sin oprimir ni abatir".

De su padre María aprendió a vivir el trabajo dentro de una visión cristiana de la vida, dando a cada ocupación su verdadero significado, nunca quitando la oración del trabajo diario y santificando amorosamente las fiestas. Trabajando los campos, en el silencio del trabajo manual, aprende a vivir en la presencia de Dios, a contemplar su acción en la naturaleza, respetándolo y amándolo en sus criaturas. Del trabajo de sus brazos aprende que nada en la vida se conquista sin esfuerzo y descubre el valor del sacrificio, pero al mismo tiempo comprende la necesidad de respetar los ritmos de las estaciones, poniéndose en la escuela sabia y realista de la preciosa naturaleza metafórica del trabajo educativo hecho de espera paciente, de trabajo silencioso, humilde y perseverante, de confianza incondicional en los recursos del corazón humano.

Su padre la lleva a los mercados y a las ferias, una de las pocas diversiones de la época, pero vela por lo contraproducente que podría ser para la educación de su hija. El segundo en lo que le gusta a la niña, como vestirse ordenada, pero sin refinamiento: "Ella narraba cómo su padre a veces la llevaba a los mercados por la necesidad de negocios. Bueno, sabía cómo interponerse entre ella y los objetos menos convenientes, con tanta facilidad, con tanta prontitud de espíritu y con discursos tan apropiados, como para desviar su atención de las palabras groseras que se escuchaban en las plazas".

María D., como hija mayor, es particularmente cercana a su padre, a quien nunca querría dar dolor y a cuya escuela siempre permanecerá fiel discípula. Es de nuevo el Lemoyne declarar:

"[Madre Mazzarello] solía exclamar: '¡Cuánto le debo a la iniciativa de mi padre! Si hay alguna virtud en mí, se la debo a mi padre, que por pureza de costumbres y palabras podría compararse con un santo".

En la familia, María adquiere la confianza en la vida, requisito previo para la conquista de la identidad personal y la capacidad de relacionarse con los demás, requisitos que son indispensables para que pueda llevar a cabo responsablemente su tarea de educadora de hermanos y hermanas y que luego pondrá a disposición de las niñas de Mornés y de las jóvenes del Colegio.

Aunque *Main* promete buenos resultados, no está exenta de defectos y limitaciones. Su prontitud de decisión, la claridad de ideas e intuiciones, su realismo natural y su sentido práctico la convierten en una "salesiana por instinto", una educadora "nata", pero debe estar atenta para que la seguridad que pone en sí misma no degenera en arrogancia. Por eso, mientras descubre la alegría y la belleza de ser hija de Dios, toma conciencia también de que su camino de filiación es dinámico, continuo y progresivo y requiere un compromiso con la formación humana y cristiana. Así es como Maccono destaca estas tareas de desarrollo: "María había heredado de su madre una disposición ardiente, que tuvo que ser modificada con bondad y mansedumbre; había heredado de su padre precisión de puntos de vista y criterios; pero también tenía una gran tenacidad de juicio, que tenía que ser temperada con humildad, entrega y docilidad, para que no se convirtiera en terquedad; Tenía un corazón muy sensible, cuyos afectos tenían que ser elevados y santificados para que no se convirtieran en fácil presa del mundo. Aunque era una joven, tenía sentido y disposición de juicio y energía de voluntad; y por lo tanto entendió que tenía que corregirse y dominarse a sí misma".

1. De la experiencia de la paternidad humana al encuentro con el Padre celestial

Desde la infancia, María mostró que estaba abierta a los valores y a la fe. La mediación oportuna del

padre abre el camino al encuentro con el Dios vivo y verdadero que revela en la paternidad su identidad más profunda. En la espiritualidad que madura en ella, por lo tanto, es imposible no pensar en una fuerte presencia de Dios Padre. Un Padre todopoderoso, bueno, pero también exigente: "Dentro de la familia, María había aprendido a pensar en un Dios vivo, un Dios que es una persona, un Dios que habla en lo profundo del alma, que se manifiesta, se revela siempre que uno esté dispuesto a escucharlo. Él era para ella una presencia real, personal y operativa: la relación con él era simple, marcada por la confianza. Estaba convencida de que puedes y debes hablar mucho con él y también puedes hacerlo en el dialecto de tu propio país: esto más tarde enseñará también a sus hermanas.

Que ella vivió la presencia de Dios como un hecho ordinario también se evidencia en la pregunta planteada a su padre cuando era niña: "¿Qué hacía Dios antes de crear el mundo?"

Su pregunta: "¿Qué *hacía Dios* antes de crear el mundo?" revela un deseo al que José responde con las palabras profundas del catecismo y que deja "gran impresión" en el corazón y en la mente de la niña. [...] En su formulación también nos dice su modo de percibirlo: no se cuestionaba sobre el ser de Dios, sino sobre Su obrar, esto implicaba un concepto existencial, dinámico, concreto, para el cual no podía pensar en él como inerte, inactivo, sin el mundo, sin los hombres, el objeto de su amor".

La respuesta del padre, tal vez difícil de entender para la niña, confirma el papel de José en el crecimiento de la fe de María. Gracias a él, de hecho, se sentaron en la niña los fundamentos de la identidad cristiana, no sólo en lo que respecta al contenido, sino también con respecto a la experiencia psicológica de ser amada, escuchada, protegida, guiada, perdonada por una persona significativa como su padre. Estas son disposiciones preciosas para el crecimiento de la relación filial con Dios Padre y para conocerlo como Jesús nos lo reveló: *Abba*. Con esta conciencia es posible vivir en su presencia, poner toda la propia existencia en armonía con Él, hacer su voluntad y hacer lo que le agrada, vivir bajo su mirada que nunca nos abandona y que nos ayuda a no dejarnos tentar por el mal. "Por otra parte, la idea de tener que dar cuenta a Dios de sus elecciones y comportamientos la impulsó a implorar la gracia de sentir profundamente el remordimiento de sus propios defectos, a temerlos y evitarlos, para no tener que temer su venida como juez, sino para poder esperarla con alegría como la del Padre y Amigo".

De este Dios, Padre bueno, es lícito esperar todo, elevar nuestra mirada hacia Él, dueño de todo, y al mismo tiempo esperar en Aquel que protege a sus hijos y no se deja vencer en la generosidad.